

Cuento de un zorro, un comediante y un platanal

Yesenia Fernanda Flórez Martínez

Estudiante de Comunicación Social

Segundo puesto

En un pequeño platanal asentado en una rocosa montaña estaban cimentadas las viviendas de Pololombia, una nación independiente; o bueno, al menos eso era lo que les decían los individuos del estado del norte que financiaban a los dirigentes que cada cuatro inviernos se acercaban a la fuente del pueblo a exclamar, grito en pecho, los errores del actual gobierno y, a pregonar nuevas y productivas tierras prometidas, como si de un nuevo Moisés se tratara, pero que después de ser elegidos sufrían del síndrome del Rey David y le daban la espalda a su pueblo, como si la gente que antes los había apoyado se hubiera transmutado en una especie de Sodoma y los líderes se hubieran convertido en las inocentes esposas de Lot.

De entre uno de esos tantos 'líderes comprometidos con el progreso comunitario' se destacaba un viejo zorro que hacía varios años fue atacado por una bandada de ilícitos cazadores que tenían azotado al pueblo que antes había sido de humanos pero que ahora era de animales, debido al cumplimiento de una antigua profecía que un hidalgo e irreverente comediante firmó sobre mármol y que sentenciaba lo siguiente: "Sumercé, cómo le parece que aquel que olvida su historia está condenado a repetirla; toda una ironía, o no, ala", cuyo autor fue conocido por el zorro tiempo antes de asumir el poder.

Al principio no le molestaba cómo se expresaba ese muchacho que ridiculizaba desde la clase más baja hasta la más alta, pero poco a poco le comenzó a coger fastidio, pues comenzó a burlarse de cómo la gente ya no les daba valor a las guerras fratricidas que hacía años los habían consumido y tan solo se quejaban de la presencia de los cazadores que paulatinamente habían empezado a admirar y a retratar en sus libros, en la música y, cómo no, en la televisión. Esta conducta no le gustó a nuestro ladino prospecto a dirigente, quien siempre había asegurado que el único problema que había asolado y

asolaba a la región era el de las escopetas que le segaban la vida a la gente, como si de una hoz en plena época de cosecha se tratara; el comediante también se burlaba de esta actitud, a su parecer tan simplista y, hasta cierto punto mezquina, algo que cada día hacía más mella en nuestro astuto candidato que ya estaba en plena campaña electoral y ya andaba medio quebrado; o, ¿es que los tamales, el cementico, el aguardientico y las putas se pagaban solas? No, no, no, eso era una potente inversión de la que claramente había que sacar dividendos y, obviamente, era un secreto a voces que dicha financiación se iba a extraer de las cuantiosas arcas comunitarias que atractivamente esperaban al próximo que se amamantaría de ellas por los próximos pares de años. Fue en este contexto que el día de la celebración electoral llegó.

La gente vistió sus mejores galas domingueras; los cazadores se instalaron alrededor del pueblo con las armas más bonitas y pulidas y las balas embadurnadas de la pólvora más fina porque, aunque nos diéramos plomo, había que hacerlo con elegancia y distinción. Tiempo después, el himno nacional se propagó con sus ondas sonoras por todos los recovecos de la ciudad, hasta llegar a oídos del comediante que andaba sudando mientras hacía un grabado que se había propuesto terminar antes de que se dieran por cerradas las democráticas urnas, al tiempo que nuestro sagaz candidato se posicionaba en las puertas de la casona municipal con una bota de agua de fuego en la mano, como si fuera de un vivido recordatorio de por quién debían votar. Las horas pasaban y el licor corría; los boleros sonaban y los tiros se escuchaban en el aire; hasta el momento, se reportaba siete muertos, algunos por los cazadores, otros por el adulterado alcohol, pero a nadie le importaba. ¿Quién se iba a poner en la tarea de revisar los muertos, si muertos estaban? No valía la pena revisar eso; ni que con semejante esfuerzo se fuera a revivir al tieso. Instantes después, las puertas de la casona comenzaron a cerrarse y los bafles a conectarse; el zorro ya se relamía los labios y se llevaba la mano al cinto para agarrar su revólver y celebrar el cierre de los comicios con un par de tiros, como debía ser o como le habían enseñado las novelas de cazadores de la televisión, pero, oh triste destino que osas burlarte de aquellos que con tanto ahínco se proponen alcanzar sus metas sin importar las limitaciones o los problemas o el dinero ilícito que haya que pagar por ellas; ¿por qué eres tan cruel con aquellas personas de bien que con tiros y violencia planean solucionarlo todo?, ¿cómo te atreves a romper con tal festivo ambiente a través de un grito que corta el jolgorio y extiende una tensión tan densa en el aire, que con un cuchillo es capaz de cortarse? Todos quedaron de piedra al ver cómo una de sus congéneres se desmayaba, al tiempo que con el raquíctico dedo apuntaba a la cima de la loma donde la piedra que más preciaban se encontraba.

Todos pasmados, pero sin olvidarse de las botellas, arrancaron hacia la cima de la colina donde, para su sorpresa, no había un cazador, pero sí existía una surrealista escena, como si del nacimiento de Venus se tratara y quien la ejemplificaba no era Botticelli sino el comediante que, sudoroso y cansado, se

tambaleaba frente a su obra: un relieve que había grabado en el único bloque de mármol de pueblo, una piedra que todos prometían firmar pero ninguno lo hacía, no fuera que se acabara la piedra; todos estaban boquiabiertos, pero era incapaces de hilar una palabra, por lo que nuestro querido comediante exclamó:

Ala, yo siempre me había preguntado por qué se me hacía raro levantarme y ver a la cara a mi vecino y no poder distinguirlo, aunque sus facciones se iluminaran con todos los dorados rayos de luz que el sol propaga en la mañana; pensé que sería un problema de la retina o alguna cuestión epistemológica, ciencia que detesto pero que por miedo, podría tachar como culpable de todos mis problemas y unos cuantos más; aun así, de manera objetiva no daba con alguna razón capaz de vislumbrar entre la niebla de mis dudas y, ¿cómo les parece, sumercés que, azotado por la incógnita y profanado por la curiosidad, me propuse llegar hasta el fondo del misterio; investigué, vagué, corrí, lloré y reí, hasta que en una noche de lamentable jolgorio intelectual despertase en mí una idea que, tenue como el fuego que nace después de días de esfuerzo, titilaba y se movía adquiriendo con cada llamarada un poco más de argumentos; esta idea me asombró y me impactó, y la cuidé como si de una niña mimada se tratara, hasta que bella y flagrante os vengo hoy a presentar, porque he copulado del cincel y mi mano con el mármol y he dado lugar a la esbelta figura de una dulce doncella que altiva y hermosa nos explica el porqué de mi incógnita. Resulta, pasa y acontece que nuestros rostros, ya no son nuestros rostros o, ¿es que os miráis entre vosotros y os distinguís como individuos singulares? Al parecer y, gracias a sus semblantes, doy por sentado que estoy en lo correcto y, como evidencia os planteo el caso de don Rodolfo que, incapaz de diferenciar entre su esposa y la vecina, ha desarrollado un episodio amoroso que ha sido las delicias de las personas ‘comunicativas’ en nuestro vecindario y quienes poseen un carácter retiniano; y esto no lo digo de forma metafórica pues, aunque encaja muy bien.

Es también verdad, que si se detalla con cuidado, se vislumbrará la lengua y las pupilas de un ceceante animal; y esto lo podéis confirmar por vosotros mismos: mirad a los individuos ‘comunicativos’ de nuestro municipio y percataos de aquellos rasgos; muy bien, ya lo habéis notado; digo la verdad y no miento, pues tampoco consigo nada con ello; ahora, señores, se preguntarán el porqué de nuestras observaciones, y para ello también tengo respuesta, y esa se encuentra expresada en esta piedra; acercaos y entendedos; acercaos y pensad; acercaos y despertad. Acto seguido, todos se arremolinaron a leer la inscripción del mármol, al tiempo que él proseguía: así es, jóvenes, niños, niñas, adultos y señoritas; no puedo reírme de este incidente, pero puedo explicaros que, si olvidáis vuestro doloroso pasado, abandonáis la razón y os sumergís en el pecado de las pasiones que, incapaces de razonar, nos llevan a actuar en favor del momento y no del prospecto.

Los cazadores han llegado porque nosotros olvidamos lo que somos y la naturaleza, en su infinita sabiduría, ha deseado reposicionarnos en el reino natural que con nuestros parámetros hemos conseguido; y por ello mismo les digo que, señores, la guerra con los cazadores no es nuestro principal problema; queréis paz, recordad quiénes sois, recobrad vuestra identidad y tan solo entonces seréis capaces de dialogar.

Acto seguido, el pueblo se abalanzó sobre el muchacho con vítores y alabanzas; lo besaban y gritaban como si de un coro de Góspel se tratara: ¡¡¡El comediante para dirigente!!!, hecho que dejó frío al zorro, quien tanto se había esforzado por conseguir la aprobación de sus congéneres y este, enardecido, tomó el revólver con el que antes iba a celebrar la victoria y ahora se usaría para evitar la derrota; 1, 2, 3, 4... y 5; esa fue la cantidad de cabezales que el revólver, con un cargador de seis proporcionó al joven visionario. Luego, el zorro aclamó que ese loco solo era un infiltrado de la nación de al lado que, basada en otra ideología política, buscaba corromper los buenos e íntegros ideales de esta honrada gente; el zorro los convenció y los movilizó hasta la casona para continuar con la celebración, al tiempo que el cadáver del antiguo comediante transmutaba en el de una paloma blanca con una rama de olivo en su pico, ya incapaz de recordar.

Años después, el zorro se lamentaría de su decisión, al tiempo que su rechazado sucesor gruñía y se gemía con un triste y profundo ¡oinc, oinc!, un cántico acompañado por el movimiento de sus pezuñas que rasgaban sin talento las cuerdas de una envejecida guitarra; el zorro extrajo de su escritorio aquel condenado revolver mientras la turba enardecida intentaba tumbar las puertas de su casa; después revisó el cargador; aún quedaba una bala; la turba ingresó a la casa y comenzó la búsqueda del estudio; el zorro apuntó a su cabeza y quitó el seguro del arma; los pasos se acercaban y cuando el montón de rostros humanos ingresó al recinto, el disparo se oyó y los sesos se esparcieron como si del confeti de una celebración se tratara.

¡Al fin habían sido capaces de recordar!